

## EL SENTIDO DEL SILENCIO DE DIOS

por Alfonso López Quintás  
Universidad Complutense. Madrid

### I. EL DESCONCIERTO ANTE EL SILENCIO DE DIOS

Desde niños oímos los cristianos decir que nuestro Dios es un Padre todopoderoso y bueno que cuida a los pájaros del cielo y los lirios del campo y escucha las súplicas de los hombres. Esta imagen de Dios Padre se graba profundamente en nuestro ánimo y durante cierto tiempo inspira nuestra adhesión y nuestro fervor religioso. Nos sentimos amparados y queridos. La vida se nos presenta llena de sentido, y nuestro ideal consiste en convertirla en un acto de servicio al Ser infinitamente distinto de nosotros que puede tornarse íntimo. Pronto, sin embargo, la experiencia nos empieza a mostrar, implacable, el lado oscuro de la existencia humana: un campesino que ve sus cosechas devastadas por una riada; una madre que asiste desvalida a la agonía de su hijo; los vecinos que oyen, inermes, los últimos lamentos de quienes yacen bajo los escombros provocados por un terremoto, los cooperadores sociales que luchan en vano por salvar la vida de pueblos enteros consumidos por el hambre. Estas crueldades, laceran nuestro espíritu sensible, abierto con espontaneidad y confianza a cuanto irradia felicidad.

Recordemos varios textos sobrecogedores:

«¿Por qué prueba el Señor con torturas y persecuciones a estos japoneses, a estos pobres campesinos? Pero no, Kichijiro quería aludir a algo distinto, algo aún más espantoso: el silencio de Dios. Ya han pasado treinta años desde que comenzó la persecución y, aunque esta tierra negra del Japón estalla de gemidos cristianos y corre la sangre roja de los misioneros y se van derrumbando las torres de las iglesias, Dios tiene delante a las víctimas de este horrible sacrificio inmoladas a él, y aún continúa en silencio. Siento, sin poderlo evitar, que ese es el problema que se oculta en el fondo de las quejas de Kichijiro»<sup>1</sup>.

«Le cruzó el corazón una sombra gigantesca como la del pájaro que pasa rozando el mástil. Y ese ala era portadora de muchos recuerdos, de tantas muertes de cristianos.... También entonces Dios guardó silencio. Lo mismo que guardó silencio en el mar empañado de llovizna. Lo mismo que no dijo palabra cuando asesinaron al tuerto en aquel patio en que caía el sol a plomo. Sin embargo, entonces aún

---

<sup>1</sup> Cf. Shūsaku Endō. *Silencio*, Sigueme, Salamanca 1973, p. 66.

podía seguir él aguantando. Aguantar no era la palabra, mantener a raya lo más lejos posible estas dudas espantosas, tratar de no encararse con ellas. Pero ahora era ya algo distinto. Ahora, ese estertor era una acusación a Dios: «¿Por qué tú no dices nunca nada?»<sup>2</sup>.

«... A los quince años (...), Elie y su familia fueron arrojados al campo de Auschwitz. En la misma noche de su llegada, fue separado brutalmente de su madre y de sus hermanos. Ya nunca volvió a verlas. Habían empezado para Elie y su madre meses de horrores indescriptibles (...) Dos hechos marcaron para siempre su alma de adolescente excepcionalmente impresionable. En la primera noche, iluminada sólo por las llamas que salían de una alta chimenea, cuando Elie se encontraba aún bajo el choque tremendo de la separación de su madre, la columna de los deportados tuvo que pasar cerca de una fosa de donde subían “llamas gigantescas”. Dentro se quemaba algo. Se acercó un camión a la fosa y arrojó su carga: “eran niños, eran bebés” (...) Y Wiesel sigue así: “Nunca olvidaré esta noche, la primera noche en el campo, que hizo de mi vida una larga noche cerrada con siete llaves. Nunca olvidaré este humo. Nunca olvidaré las caritas de los niños cuyos cuerpecillos ví transformados en torbellinos de humo bajo un cielo mudo. Nunca olvidaré estas llamas que consumieron para siempre mi fe»<sup>3</sup>.

El horror de tales situaciones límite constituye un desafío a nuestra fe. «Estos demonios encarnados trituran a los inocentes», comenta el escritor hebreo André Neher. «En esta absurda y trágica limpieza ¿podrán los inocentes reconocer que es la mano la que tiene la escoba?»<sup>4</sup>.

Ante un peligro que nos acosa movilizamos los medios a nuestro alcance, rezamos con toda el alma, hacemos promesas, y al final asistimos mudos a la desgracia irreparable. Un grito silencioso se alza entonces en nuestro interior: «¿Por qué calla el Todopoderoso?» Sabemos que en ciertas ocasiones el Cielo actuó en favor de alguien, y surgió el milagro solicitado. Recordemos la promesa solemne del Evangelio: «Pedid y recibiréis...» Redoblamos el esfuerzo, ponemos nuestra vida entera en la plegaria, insistimos, y el Altísimo no da respuesta. Los acontecimientos siguen su curso inexorable, y la enfermedad, el agua desatada, la tierra convulsa... llevan adelante su acción destructora sin el menor impedimento. Ello suscita en nuestro interior la tentación de pensar que el Dios de nuestra fe no es el principio de nuestra esperanza y el término de nuestro amor; es un Dios creador que permanece ausente de su creatura en una lejanía poderosa e incomprometida.

Un día me confesó una joven que durante varios años, tras la muerte de su madre, no pisó una iglesia ni pronunció una oración. En la niñez y juventud había cultivado con fervor la vida religiosa. Se sentía acogida por Dios y segura. Pero sobrevino la enfermedad grave de su madre. Le confesó su angustia al confesor, y éste la remitió, sin mayores matizaciones, a la promesa evangélica antedicha: «Reza y serás oída». Todo su ser se convirtió en plegaria. Día y noche su pensamiento se dirigió insistente y angustiado al Señor de la vida y de la muerte. Todo su amor a Dios y su confianza se concentraron en sus ruegos. Pero su madre acabó sucumbiendo a la enfermedad. Una inmensa decepción se apoderó del ánimo de la joven, y una especie de despecho

<sup>2</sup> Cf. Op. cit. p. 199.

<sup>3</sup> A. Mary Testemalle *¿Silencio o ausencia de Dios?* Studium, Madrid 1975, pp. 16-17. La obra en que Elie Wiesel describe su experiencia del campo de concentración es *La nuit*. Ed. du Minuit, París 1958.

<sup>4</sup> André Neher. *L'exil de la parole*, Du Seuil, París 1970, citado por Testemalle. *Op cit.* p. 142

contra lo divino la alejé de toda práctica religiosa. El silencio de Dios se abatió sobre su espíritu como una sombra maléfica y destructora.

Una y otra vez en la vida, ante experiencias semejantes nos planteamos la pregunta decisiva: ¿Está justificado el escándalo por el silencio que Dios guarda ante las desgracias que ocurren en la vida, sobre todo las que afectan a personas inocentes? Es conocida la sensibilidad de Albert Camus ante tal injusticia. En su obra *La peste*, Rieux, impresionado por la muerte del hijo del juez Othon, le dice al padre Paneloux: «Vd. sabe bien que éste era inocente».

Tener que presenciar, impotentes el espectáculo siniestro de las crueldades cometidas con los hombres por sus mismos hermanos o por un destino adverso nos lleva a pensar que el mundo y la existencia humana carecen de sentido, son radicalmente “absurdos”.

Para no vernos enfrentados con esta conclusión desoladora, celebraríamos sobremanera que tuvieran lugar golpes de efecto por parte de Dios que dejaran patente la conexión entre el carácter amoroso del Creador y la marcha de los acontecimientos en el mundo. Ello permitiría a los hombres palpar lo religioso, tocarlo, convertirlo en una experiencia cotidiana irrefutable. Seguimos, como los antiguos judíos, pidiendo “signos”, y éstos permanecen ausentes. Todo nos hace concluir que debemos arreglar nuestra vida por cuenta propia, en una soledad acosada por el viejo enigma: ¿tiene sentido una vida abrumada de dolores y abocada a la muerte?

En estos momentos de desánimo, cuando nos sentimos estafados en nuestra esperanza y buena fe, resuena con acento sugestivo en nuestro interior el mensaje adusto de los pensadores que han desplazado la experiencia religiosa a los tiempos menesterosos de la humanidad primitiva, en los cuales los hombres desvalidos ante la naturaleza rendían culto a las fuerzas naturales en busca de amparo y ayuda. Una vez que la filosofía, y, más tarde, la ciencia abrieron la mente del hombre al secreto del universo, el temor a los enigmas de éste y la sumisión religiosa a sus poderes ocultos perdió todo sentido. El tiempo de la experiencia religiosa debe ser visto, en consecuencia como un «estado de la Humanidad» definitivamente clausurado. Este fué el parecer de A. Comte y sus seguidores positivistas.

## II. EL SILENCIO DE DIOS Y LA LIBERTAD DEL HOMBRE

Para descubrir el sentido del silencio de Dios debemos superar la marea de frivolidad que nos atosiga en todos los órdenes de la vida y pensar los problemas hasta el fin, aquilatando al máximo los conceptos. Cuando se matizan debidamente los conceptos y se los clarifica en su raíz, resulta posible descubrir el nexo que los une y fecunda.

En un debate sostenido por un grupo heterogéneo de intelectuales en torno al «riesgo de la experiencia religiosa», el filósofo italiano Pietro Prini afirmó: «En la cultura contemporánea estamos asistiendo a un grandioso proceso que no vacilo en llamar de autentificación de la experiencia religiosa». Este proceso se ha hecho posible «porque el pensamiento contemporáneo ha llegado a plantear en sus raíces con extrema sinceridad los problemas»<sup>5</sup>.

Entre estos problemas se hallan, según el profesor Prini, el de la recuperación del

<sup>5</sup> Véase la obra colectiva *El riesgo de la experiencia religiosa*, Marova, Madrid 1968, p. 60.

valor autónomo de las cosas terrenas y el de la clarificación simultánea del sentido último de la existencia humana, vista de modo integral <sup>6</sup>. Ambas cuestiones, a su vez, muestran un vínculo muy estrecho con el azaroso problema de precisar la relación que media entre el silencio de Dios y la libertad del hombre. Este sutil asunto sólo puede ser clarificado debidamente si acertamos a sobrevolar los diversos acontecimientos de la vida humana y a penetrar en su sentido con un estilo de pensar distinto del científico pero no menos riguroso que éste.

El silencio de Dios en el Universo nos desconcierta cuando persistimos en la tendencia a interpretar nuestra relación con el Creador a la luz de un concepto casero de paternidad y filiación. El silencio de Jesús en las horas angustiosas de su pasión y muerte resulta desazonante a quien no logra comprender el sentido del sacrificio y el anonadamiento. En ambos casos, esa reacción negativa es provocada por la tendencia a medir lo divino con criterios humanos. Para comprender lo que abarca la palabra “amor” aplicada a Dios, debemos elevarnos años luz por encima de nuestra manera habitual de pensar y sentir.

Dios creó el mundo *por amor*. En consecuencia, la obra de la creación debió culminar en una *llamada*, la que trae al hombre a la existencia y le invita a responder voluntariamente, a fin de instaurar un ámbito de relación amistosa. Esta instauración constituye el ideal último de la vida humana. Ser capaz de tender hacia ese ideal supremo a través de los avatares y las tensiones de cada momento significa ser libre en plenitud. Tal forma elevada de libertad es posible únicamente cuando el hombre se deja atraer e impulsar por los valores más elevados.

El valor, en virtud de su esencia misma, no arrastra la voluntad, no la encandila, seduce o fascina; la enamora, la impulsa interiormente, como hace la obra musical con el intérprete que la asume a modo de voz interior. Al actuar con extrema discreción, revelándose en medida suficiente para que podamos descubrir su existencia y admirar su altísima condición, y ocultando ésta al tiempo en buena parte a fin de no forzar al hombre a aceptarla, el Creador nos instaló en un entorno de valores, realidades e instancias que se hacen valer, que piden ser realizadas pero sólo se manifiestan plenamente a quien las acoge y asume. Al ser apelado por lo valioso, el hombre se ve abierto a horizontes de grandeza, de realización personal extraordinariamente rica, y puede adivinar una ley fundamental de la vida humana: *para desarrollarse hay que abrirse a cuanto ofrece un valor y acceder a vivir dualmente, dialógicamente*. La energía creadora le viene al hombre no de su ser considerado en solitario, sino de la participación en los seres valiosos y en las instancias que reciben por antonomasia el nombre de valor.

Tener sensibilidad para lo valioso y ser capaz de asumirlo activamente en la propia vida y darle cuerpo equivale a poseer el *don de la palabra*. Al llamarnos a la existencia, Dios nos hizo *locuentes*, en el profundo sentido de que nos otorga la capacidad de responder a la apelación de los valores y crear valores nuevos. Por ser hombres, nos hallamos instalados desde el primer momento de nuestra existencia en un campo de valores, y estamos llamados a abrir campos nuevos. Así, desde antes de nacer, y sobre todo después del alumbramiento, el ser humano siente el valor de la ternura, se ve inmerso en un campo de afecto y solicitud. Estos valores le instan a recibirlos activamente, a convertirlos en un impulso interior y fundar ámbitos de vida en los cuales puedan verse realizados plenamente.

---

<sup>6</sup> *Ibid.*

El mero vivir en esta trama de apelaciones y respuestas que vienen del valor y tienden a incrementar el valor es, de por sí, fuente inagotable de luz para comprender el sentido cabal de la vida y de energía personal para alcanzarlo y realizarlo en la propia existencia. Hallarse inscrito en esta fecundante marea de valores constituye una invitación a la “in-quietud” espiritual, a la búsqueda tenaz y entusiasta de la raíz última de esa energía que nos arropa desde el principio y nos abre en todo momento a mundos de elevación y riqueza

En el mundo de los objetos, lo que más nos impresiona es lo que actúa de manera contundente a modo de causa que provoca inequívocamente un efecto. Doy un golpe sobre la mesa, y queda claro que soy el autor de tal hecho y de que tengo poder para llevarlo a cabo. En el plano de la actividad creadora, la relación de autor y obra presenta una mayor sutileza y ambigüedad. Bach creó la *Pasión según San Mateo*, pero este “efecto” supera con mucho a la “causa”. Para elaborar dicha obra, tuvieron que confluír en un determinado momento múltiples circunstancias de tipo estético, religioso, histórico, social... El genio creador de Bach hubo de asumir activamente los valores latentes en tales líneas de fuerza y de sentido y darles cauce expresivo en una obra musical. Tal asunción es receptiva y activa a la vez; implica autonomía y heteronomía. La relación entre autor y obra está muy por encima en calidad de la relación entre la causa y el efecto, entre el sujeto que actúa y el objeto que padece el resultado de tal acción.

Crear un ser dotado de creatividad es una acción que se realiza en un plano más elevado todavía que el de la creatividad artística y literaria. El Creador llama a la existencia a un ser y, por lo mismo, le confiere la capacidad de tomar posición frente a El: iniciar una relación de amistad o bien enfrentarse.<sup>7</sup> Este procedimiento generoso implica un respeto altísimo de la libertad de la creatura. Y todo respeto supone reducir a silencio el afán de dominio. *Silencio y libertad se conectan e implican.*

Si tuviéramos una visión penetrante de las grandes realidades de la vida, el mero hecho de sabernos comprometidos personalmente en un mundo de valor bastaría para revelarnos que el origen de esta forma de apertura y libertad tiene que residir en un ser que sabe vincular de modo perfecto la palabra y el silencio. La contemplación del silencio de Dios en el universo y en la pasión de Jesús dejaría, con ello, de suponer una piedra de escándalo a nuestra fe para convertirse en el máximo signo garantizador de la misma. Un Dios prepotente no sería creíble. Un Dios silencioso rompe en principio nuestros esquemas mundanos, nuestra forma tosca de pensar y sentir, troquelada en el trato diario con objetos y acontecimientos provocados por energías infrapersonales; pero, a la postre, se nos manifiesta como el único ser al que podemos prestar un asentimiento incondicional y un amor absoluto. Dios nos ha dejado un espacio de libertad para que podamos retornar a nuestro origen por amor. La vuelta amorosa hacia quien se define como Amor no puede realizarse con sentido sino libremente. Esta libertad parece que nos deja desvalidos, pero de hecho es nuestra fuerza, la raíz de la capacidad de remontarnos hasta el origen y el fundamento absoluto de nuestro ser.

<sup>7</sup> «¡Yo soy mi libertad!», exclama el Orestes de *Las Moscas* de J.P. Sartre. “Apenas me creaste, dejé de pertenecerte”. Cf. *Les Mouches*. Gallimard, París 1947, p. 98.

### III. MODOS DIVERSOS DE LIBERTAD Y DE SILENCIO

Un análisis cuidadoso nos permite distinguir diferentes modos diversos de silencio y libertad.

#### a) Libertad

El hombre que está liberado de trabas se siente libre para realizar toda suerte de movimientos e iniciar diversos tipos de acciones. Esta *libertad de maniobra* provee al hombre de diferentes posibilidades, que puede asumir a su arbitrio. En este sentido, dicha forma de libertad constituye un bien para el hombre, un valor. El hecho de poseer este tipo de libertad no determina, sin embargo, que la selección de las posibilidades que implica vaya a ser hecha conforme a las exigencias del propio ser, de la vocación y misión que confieren a la existencia humana plenitud de sentido. Mediante la *libertad de maniobra*, una persona puede desvincularse de las realidades valiosas que constituyen el alimento indispensable de su vida personal. Es capaz, asimismo, de vincularse a ellas y *ob-ligarse*. Este género de *ob-ligación libre* no es paradójico porque una de las manifestaciones más altas de la libertad humana consiste en asumir activamente compromisos. Todo compromiso supone una limitación, ya que lleva en su base una opción a favor de unas posibilidades en detrimento de otras. Tal limitación tiene el efecto positivo de hacer posible la creatividad, pues optar, elegir, seleccionar es condición previa de todo ejercicio de la *libertad creadora*.

Un ejemplo dramático de la «libertad para la ruptura» viene dado —en *Las moscas* de J. P. Sartre— por la actitud de Orestes —representante del ser humano—, que manifiesta a Júpiter —figura que encarna a la divinidad— su decisión de romper el cordón umbilical propio de su ser de creatura. «¡Yo soy mi libertad! Apenas me has creado y ya dejé de pertenecerte». «Extraño a mí mismo, lo sé. Fuera de la naturaleza, contra la naturaleza, sin excusa, sin otro recurso que yo mismo. Pero no regresaré bajo tu ley: estoy condenado a no tener otra ley que la mía. No regresaré a tu naturaleza: mil caminos hay trazados que conducen hacia ti, pero no puedo seguir más que mi camino. Pues yo soy un hombre, Júpiter, y cada hombre debe inventar su camino»<sup>8</sup>.

Un modelo del género opuesto de libertad —la «libertad de arraigo en los orígenes»— nos lo ofrece el hombre agustiniano, que entiende la capacidad de orientar sus pasos como una vuelta hacia el Creador. «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti». Esta inquietud, esta «libertad para el bien», para el logro cabal del propio ser implica un tipo especial de *necesidad*, la necesidad básica e ineludible que tiene el hombre de vincularse a aquello que permite su pleno desarrollo personal. Este tipo de vinculación no se opone sino a un concepto de libertad muy elemental y empobrecido.

#### b) Silencio

La expresión «guardar silencio» presenta sentidos muy diversos. El hombre que no desea fundar con otros lazos de amistad rehúye la comunicación y se entrega a un *silencio de mudéz*. Evita el lenguaje —que, cuando va unido con el amor, es vehículo nato de creatividad— no porque carezca de ideas que comunicar sino por voluntad

<sup>8</sup> Cf. *Op. cit.*, en J.P. Sartre *Theatre*, Gallimard, París 1947, pp. 111-113

positiva de alejamiento. Negar a una persona el saludo equivale a romper la posibilidad de todo vínculo creador con ella. De ahí la responsabilidad moral que implica tal gesto. El hombre necesita de los otros para encontrarse y desarrollarse como persona. Si sus prójimos se niegan a encontrarse con él, puede abocar a una situación de asfixia espiritual.

En el polo opuesto, se guarda silencio en casos para no dispersar con las muchas palabras la atención que requiere una realidad valiosa que nos ha sobrecogido y a la que descamos unimos estrechamente. Un joven se declara a una joven, y ambos se sumen en un profundo silencio para dejar que se despliegue ante su vista la honda significación de las palabras pronunciadas. Subes a una alta montaña, admiras la soberbia magnitud de los riscos, el impresionante declive de los abisales barrancos, y exclamas: «¡Magnífico, fantástico!». Durante horas contemplas en silencio el inmenso paisaje, conectándolo todo en tu mente y poniéndolo en relación con la historia de la tierra y la grandeza del Creador. El silencio te permite adensar en una mirada conjunta mil y un elementos que se entreveran y ponen al descubierto, al hacer juego, su plenitud de sentido. Esta forma de silencio es *campo de resonancia* de la palabra, ámbito de expansión de cuanto sugiere una palabra densa de contenido.

Existe, por otra parte, un *silencio de dominio*. Ciertas personas mantienen celosamente las distancias respecto a sus inferiores para tener bajo control sus relaciones mutuas y salvaguardar el respeto debido. Se trata de un silencio hosco que evita la comunicación por lo que ésta encierra de invitación a crear lazos de unidad. A esta actitud prepotente se opone la de quien reduce a silencio el afán de dominio y se mantiene callado por no hacer sentir el peso de la propia superioridad. Un presidente que concede la palabra a los miembros del consejo y oye su parecer y no impone sus propias opiniones autoritariamente vincula su silencio con la libertad de sus subordinados.

Guardar silencio denota una actitud pacífica y humilde cuando uno es objeto de un ataque. Expresa una actitud atenta cuando se escucha un mensaje. Oír en silencio significa estar a la escucha, prestar atención, hacer la gracia de recibir con sensibilidad alertada aquello que se nos trasmite. Hablar en un grupo mientras alguien se está dirigiendo a todos resulta impertinente; puede delatar una actitud displicente o altanera respecto al conferenciante, al que se viene a indicar que no se tiene en cuenta por principio lo que está diciendo. Se trata, por ello, de una conducta altamente descortés. Por el contrario, mantenerse en silencio responde a una actitud respetuosa, recogida, pronta al intercambio. El hombre respetuoso reduce a silencio el afán de sobresalir e imponerse, y se halla siempre dispuesto a entrar en diálogo profundo. Recogerse un rato antes de comenzar un concierto denota prontitud para la escucha, voluntad clara de ponerse en estado de receptividad y disponibilidad.

En el nivel en que acontece el diálogo, recogerse no es aislarse de todo; es liberarse de la pérdida en lo múltiple superficial para encontrarse con lo valioso. *El silencio auténtico es un diálogo sobrecogido con lo relevante.*

*El silencio y el acogimiento de lo profundo-complejo.*

Esta apertura silenciosa, confiada y sencilla, otorga al hombre amparo espiritual. El hombre que se siente inseguro y desamparado por carecer de un ideal ajustado a su vocación y misión tiende a dominar cosas y personas, a hacer acopio de experiencias y sensación a fin de abarcar mucho campo y tenerlo todo a su merced. Cae, con ello, en una falsa ilusión, porque el afán dominador vierte al hombre a lo externo, convertido en mero objeto, y le impide crear ámbitos de intimidad con cuanto le rodea. Esta

entrega al vértigo de la ambición de poder y dominio no es silenciosa, sino ruidosa. Es la proclamación chirriante de los propios derechos y ambiciones.

El auténtico silencio se da entre las realidades que anhelan fundar un campo de intimidad. Guardo silencio ante algo cuando deseo encontrarme con ello en lo más profundo. Me entrego a la cháchara si sólo quiero mantener una relación superficial incomprometida. Dos personas unidas superficialmente sienten miedo a quedarse en vacío si guardan silencio. Quienes tienen intimidad porque han fundado un modo de unidad valioso entre sí no necesitan rellenar el tiempo con palabras insustanciales. El silencio, en este caso, no está vacío de contenido; es el lugar de expansión y despliegue de la vida personal creada por las palabras dichas con auténtico amor.

Todo lo que es complejo, lo que implica un nudo de relaciones y no se ofrece en un solo rasgo sino en muchos a la vez exige una mirada tensa, atenta; sólo se capta de verdad en el silencio. Palabra silenciosa es aquella que se pronuncia con voluntad de acoger cuanto implica lo que se designa a su través. Expresar algo o pensarlo de forma silenciosa es acogerlo en todo su alcance, en su poder total de vibración. Si pronuncias la palabra “amistad” con una actitud espiritual silenciosa, estás superando la escisión “en mí-fuera de mí”, “lo propio-lo extraño”, “lo interior-lo exterior”, “dentro-fuera”... En el ámbito de la amistad, lo interior vibra con lo exterior; lo que se halla dentro queda implicado en lo que está fuera; lo mío y lo tuyo se entreveran porque tú y yo hemos instaurado un campo de juego común. La relación interpersonal acontece entre dos intimidades, dos centros de iniciativa mercedores de respeto. Ese acontecimiento sólo puede ser captado si se lo vive sinópticamente, en suspensión, en silencio. Tal modo de visión silenciosa evita que la atención se fragmente. He ahí por qué profundas razones el *silencio* se vincula con el *recogimiento* y el *sobrecogimiento*.

*El silencio y la captación de lo expresivo.*

En el silencio, las percepciones humanas vibran con todos los aspectos de la realidad que forman un conjunto expresivo. Ves la fachada de una catedral, y en ella sientes vibrar la catedral entera. La sientes si la contemplas con una mirada silenciosa, sinóptica, atenta, tensa hacia el todo que se expresa en cada una de sus vertientes como en un rostro. Ves una sonrisa, y en ese gesto percibes la persona entera que reacciona con agrado a la broma que le has dicho. El silencio permite captar la profundidad de las imágenes y recobrar, de consiguiente, los lenguajes perdidos: el poético, el mítico, el simbólico...

Lejos de implicar inactividad, el auténtico silencio encierra un dinamismo fundador de interrelaciones, de estructuras. Oyes un tema musical, y percibes cómo laten en él múltiples posibilidades de variaciones, de modulaciones, de confrontación con otros temas... Ese tipo de audición fecunda entrafía silencio, atención global a vertientes diversas que confluyen en un solo punto sumamente expresivo.

Para entrar en relación de *presencia* —de inmediatez a distancia— con una realidad, se requiere silencio, atención en relieve. De ahí que los procesos de intimación florezcan en el silencio y se agosten en la cháchara disipada y banal.

Todas las realidades expresivas se captan en silencio porque se revelan de modo inmediato-indirecto. Las realidades que tienen intimidad y son capaces de revelarse a través de ciertos medios expresivos hacen acto de presencia en éstos pero no se entregan del todo; se mantienen a distancia; conservan su independencia; se revelan claramente como lo que son: realidades inagotables, dotadas de una individualidad pecu-

liar. Lo expresivo se manifiesta silenciosamente, se revela sin imponerse, se hace entrever pero mantiene siempre su autonomía frente a los medios expresivos, a los que transfigura sin desfigurarlos. Esa transfiguración constituye una fuente de belleza inagotable. Ello resalta en el halo de nobleza que orla la figura de la persona amada a medida que envejece. En los fenómenos expresivos la interioridad se revela y se vela al mismo tiempo; es trascendente a su manifestación sensible. Consiguientemente, el trato con ella ha de ser respetuoso, ya que toda intimidad no es un objeto a conquistar sino un posible compañero de juego que nos invita a fundar modos relevantes de unidad. Para hacerse íntimo a una realidad capaz de expresión, el contemplador debe adoptar una actitud silenciosa, ajustar su ritmo vital al de la realidad contemplada, no fijar la atención en cada uno de los múltiples pormenores que constituyen su trama expresiva. Ese silencio significa capacidad de vibración.

#### *El silencio y el amor respetuoso.*

Guardar silencio supone, por una parte, acallar, todo afán de poderío e imposición, y, por otra, abrirse en actitud de respeto, colaboración y agradecimiento. Sólo se puede fundar un campo de juego común cuando se aceptan agradecidamente los valores de las demás realidades. Esa fundación es la puerta de acceso a la presencia y al encuentro.

Visto con esta profundidad, el silencio es el ámbito fecundo de donde parte toda palabra auténtica y al que vuelve una y otra vez para cargarse de poder creador de ámbitos de vida. El silencio es, por ello, el lugar de germinación y plenificación del amor. El que ama de modo verdadero mira al ser amado con respeto, dejándole ser lo que es y lo que está llamado a ser. El que enamora y se enamora es siempre silencioso, nunca dominador. El seductor, por el contrario, no guarda silencio, domina con palabras ruidosas, que tienden a obtener logros egoístas, y actúa con precipitación para no dejar espacio a la libertad y la reflexión de la persona seducida. La seducción no supone enamoramiento sino arrastre fascinador. Don Juan, “el burlador de Sevilla”, no enamoró a ninguna mujer; las sedujo con palabras fascinantes para someterlas a uno de los tipos más crueles de dominio: la mofa.

Todo fenómeno humano o toda experiencia que sean complejos implican, para ser auténticos, una actitud de silencio, una atención contemplativa, que no denota quietud y laxitud espiritual, sino tensión, preocupación por los conjuntos. La vida humana se desarrolla de modo fecundo cuando se entreteje con realidades que no son meros objetos sino “ámbitos”, campos de realidad, centros de iniciativa, fuentes de posibilidades creadoras. Por eso el proceso formativo del hombre debe ir aliado con el cultivo del silencio. El silencio forma el clima propicio a la reflexión, la opción responsable, la libertad para la creatividad, la decisión lúcida para el bien. Encontrarse con una realidad valiosa, oír su apelación, captar su importancia implica no quedarse empastado en ella, verla en suspensión con la mía, con mi vocación y misión, con el ideal que persigo, y prever la fecundidad que entraña mi respuesta positiva. Implica, por tanto, silencio.

#### *El silencio y la colaboración extática.*

El silencio es condición ineludible para que se den las experiencias de *éxtasis*, experiencias creativas que están impulsadas por el amor al ideal de la unidad. Fundar modos valiosos de unidad sólo es posible cuando se logra entreverar dos o más

“ámbitos de realidad”, centros de iniciativa que se ofrecen mutuamente posibilidades de juego creador. Esta participación en posibilidades comunes entraña silencio, porque exige ver las demás realidades de modo relacional, como haces de relaciones, lugares de confluencia de múltiples líneas de fuerza que se integran fecundamente.

Todo acto de colaboración va unido con algún acto de promesa. Para prometer, debo contemplar en bloque el hoy y el mañana, mis sentimientos actuales y los futuros, el ideal que guía hoy mi vida y los vaivenes que pueden sufrir mis sentimientos a lo largo del tiempo, mi capacidad de ir creando cada día fielmente lo que he prometido crear. Esta forma de contemplación está nutrida por el silencio y de él recibe su peculiar intensidad espiritual. Contemplar en silencio significa hacerse cargo de una plenitud de sentido, de una confluencia de vertientes que hacen juego y forman un campo de iluminación<sup>9</sup>.

### *Silencio y palabra deben complementarse*

El silencio, así entendido, va esencialmente unido con la palabra que es vehículo de creatividad. La palabra sin silencio es palabra desvinculada, recluida, solitaria, opaca, carente de relieve. El silencio sin palabra está vacío, privado de luz. Una palabra gana poder de vibración e irradiación si ha germinado en un clima de atención a los complejos de realidad. Pensadores sensibles a la fecundidad del silencio afirman que toda palabra genuina brota y florece en ámbitos de recogimiento silencioso. Ciertamente, la palabra que es medio de comunicación sólo lleva una carga de sentido si procede de una *visión en relieve* de la realidad; modo de ver relacional que implica una actitud silenciosa. Pero, antes que medio de comunicación, la palabra es el lugar en el cual se fundan relaciones; es campo de juego e iluminación. Sin este poder de crear vínculos, el silencio se convertiría en un mero vacío de palabras, un hosco silencio de mudez.

No cabe establecer primacías entre la palabra auténtica y el silencio verdadero. Ambos se implican mutuamente. Para crear vínculos, modos elevados de unidad, la palabra debe actuar de modo silencioso, respetuoso, vibrante. Una palabra auténtica vibra con otras, se engarza, teje ámbitos de vida, engendra un aura de silencio. Todo campo de entreveramiento de significaciones es un campo de iluminación y de silencio.

*Tener el don de la palabra* significa hallarse instalado en la realidad, estar dotado de la capacidad de recibir apelaciones y darles respuesta. El hombre se halla “instalado” —no “arrojado”— en un campo de interacción de realidades. Tal interacción es fuente de sentido. Por captar este sentido, puede el hombre hablar. Ser locuente el

<sup>9</sup> Ferdinand Ebner, el gran pionero de la Antropología dialógica actual, puso singular empeño en investigar la fecunda relación que media entre silencio y palabra: «¿No mueren la mayor parte de los hombres —escribe— sin haber vivido la vida en toda su hondura? El hombre aprende de la vida el silencio, y tanto mejor lo aprende cuanto más tiene la vida que decirle» (Cf. *Das Wort ist der Weg*, Th. Morus, Viena, 1949, p. 93). «Hay en el hombre un modo de silencio que es verdaderamente un ‘silencio en palabras’. Este silencio es profunda oración. Toda palabra auténtica que el hombre pronuncia — y sobre todo la palabra del verdadero poeta— brota de este silencio y vive de él» (Cf. *Wort und Liebe*, Pustet, Regensburg, 1935, p. 239).

Un comentario del pensamiento ebneriano expresado en estas obras y en *Das Wort und die geistigen Realitäten* (Brenner, Innsbruck 1921; Th. Morus, Viena 1952) puede verse en mi obra *Pensadores cristianos contemporáneos*, BAC, Madrid 1968, p. 115-280, y en el trabajo «Antropología de F. Ebner», en *Antropologías del siglo XX*, Sígueme, Salamanca 1976, p. 149-179.

hombre significa que se halla siempre tenso entre diversas apelaciones y respuestas. Esa tensa atención le permite captar lo que son las realidades y acontecimientos, vistos en todo su alcance. El lenguaje es originaria y radicalmente vehículo viviente de un entreveramiento de realidades alumbrador de sentido. Por eso va vinculado con el amor, el acogimiento, la apertura, el juego creador. En este juego se superan las escisiones entre el dentro y el fuera, el aquí y el allí. Con ello se evita la dispersión y se cultiva el silencio.

La palabra que es medio de comunicación recibe su hondura del silencio, pero este silencio es posible porque el hombre tiene el don de la palabra, el poder de hallarse en campos de confluencia y vinculación. Las palabras que son respuesta creadora a una apelación vienen de lo profundo y apelan a lo profundo, proceden de la respuesta a un valor y suscitan otro valor: un campo de unidad. Al unirse dos profundidades, crean un ámbito de vida en plenitud, rebosante de sentido, de luz, de silencio.

Todo medio expresivo revela silenciosamente la realidad que en él se manifiesta porque es palabra suya, su lugar viviente de interacción con el entorno. Así, el cuerpo y la sensibilidad presentan *carácter locuente* por ser palabra del espíritu. Cada palabra que es lugar de interacción creadora de vertientes diversas de la realidad crea en su torno un campo de imantación, y en la misma medida implica silencio. Existen, por ello, tantos modos de palabra cuantas son las formas posibles de relacionarse el hombre con las realidades circundantes. Hay palabras acogedoras y ariscas, tiernas y crueles, dulces y hoscas, amorosas y displicentes. Se dan modos de silencio que ofrecen campo de despliegue a las palabras creadoras de vínculos, y modos que anulan por principio toda creatividad. Hay silencios serenos y silencios crispados, silencios de contemplación y silencios de disolución embriagante en realidades que nunca serán íntimas.

*La complementación de palabra y silencio se debe a la creatividad.*

Se unen y potencian entre sí los modos de palabra y silencio que van unidos con la creación de modos valiosos de unidad. La palabra que funda un campo de interacción personal nutre el silencio de la contemplación. Este, a su vez, inspira palabras que fundan ámbitos de relación todavía más valiosos, ya que contemplar es estar a la escucha de realidades que ofrecen posibilidades muy fecundas de actividad creadora. El silencio contemplativo confiere sentido pleno a las palabras que transmiten un contenido, ya que no hay contenido más elevado que la vinculación personal. El lenguaje que es signo de algo adquiere todo su volumen, densidad, relieve y vibración cuando es pronunciado por alguien que contempla en silencio todo el alcance de lo reseñado.

La palabra creadora de ámbitos es “poética”, expresa más de lo que dice porque plasma todo un ámbito de vida, remite a él, insta al lector a re-crearlo por sí mismo. El verdadero sentido de la palabra auténtica es dialógico, se alumbra en el “entre”, en el entreveramiento de dos o más realidades que se van al encuentro. Por ser dialógico, este tipo de palabra es silenciosa, atiende al mismo tiempo a diversas realidades con una mirada conjunta y armonizadora. Por eso el lenguaje y la imagen son auténticos cuando van subentendidos por una tensión creadora, que es locuente y silenciosa a la vez.

Si caemos en el vértigo de la cháchara, por miedo a que el silencio nos deje en vacío, nos deslizamos por la superficie de las realidades, no penetramos en el sentido que adquieren cuando se entreveran entre sí y forman modos relevantes de unidad. La civilización del ruido y la dispersión espiritual no capta lo verdaderamente significativo y valioso porque se prende en los pormenores y desatiende los conjuntos, esos

“nudos de realidad” que eran para Saint-Exupéry las “claves de bóveda” de la vida humana.

*La liberación de los falsos dilemas.*

Tanto la relación de *palabra y silencio* como la de *libertad y ob-ligación* degeneran en meras paradojas y parecen contradecirse en sus mismos términos si éstos son tomados en su acepción vulgar, falta de precisión y matiz. Es, por tanto, de celebrar que la investigación filosófica de los últimos decenios nos permita desbordar toda una serie de falsos dilemas y oposiciones: libertad-cauce, libertad-norma, sentir-inteligir, conocer-amar, religión-cultura, vida sentimental-vida racional, conocimiento científico-conocimiento por fe.

V. LA FECUNDIDAD DEL CONOCIMIENTO POR FE

Durante largo tiempo se ha venido considerando que el conocimiento científico posee un modo de racionalidad modélica y exclusiva. Modélica, por rigurosa; exclusiva, porque ningún otro tipo de conocimiento nos permite tener un control de los datos semejante al que permite la ciencia. En efecto, el conocimiento científico permite controlar la realidad y someterla a dominio técnico. Durante las épocas en las cuales la vida humana estuvo orientada hacia el ideal del dominio, se concedió primacía a los modos de conocimiento que otorgan poder. Este conocimiento se refiere a realidades delimitables, situables en el tiempo y en el espacio, pesables, asibles, controlables, verificables por cualquiera. El modo de actuar estas realidades es cuantificable y sometible, por tanto, a conocimiento exacto. Lo exacto constituye un modo peculiar de rigor. Este género de rigor pasa a ser considerado expeditivamente como el único posible cuando se piensa que únicamente es sólido el conocimiento demostrable.

Tras la hecatombe renovada de 1918 y 1945 —en que hizo quiebra el “mito del eterno progreso”, que vinculaba el crecimiento en saber teórico y técnico con el aumento proporcional de la felicidad humana— el hombre occidental se abrió a la convicción de que es ineludible cambiar el *ideal del dominio* por el *ideal de la unidad*, y buscar el amparo en la entrega a realidades que no se dejan controlar y dominar y sólo se revelan a quien las respeta y se encuentra con ellas. De ahí el prestigio creciente del “conocimiento por fe”. Cuando le digo a un amigo «creo en ti», «tengo fe en ti», no expreso un hecho asentado en razones y pruebas susceptibles de verificación universal. Pero no por ello me reduzco a enunciar un sentimiento arbitrario. Se trata de una actitud espiritual que se afirma en un tipo de experiencias que son fuente de luz y conocimiento muy hondo. Si el ideal de mi vida no es dominar sino fundar modos relevantes de unidad, no considero como meta del conocimiento el *obtener seguridades* sino el *ahondar en la realidad y compartir su riqueza*.

En las realidades personales y en las “ambientales” —las que superan la condición de objetos porque abarcan cierto campo, constituyen una fuente de posibilidades y son capaces de asumir las que les son ofrecidas— sólo cabe penetrar si ellas revelan su intimidad de modo veraz, fielmente, y yo les presto fe. Asumir como veraz una revelación implica confianza, y ésta entraña el riesgo de ser burlada y convertida en ingenuidad por quien se revela falsamente como no es. Tal coeficiente de riesgo es inherente a toda actividad creadora del hombre. No debemos depreciar el *conocimiento por fe* debido al hecho de que su validez penda de la actitud espiritual de

quien se manifiesta. Cuando no se hace mal uso de la capacidad de falsificar la imagen que uno da de sí mismo, el conocimiento que se adquiere de una realidad valiosa encierra la mayor importancia por cuanto supone el adentramiento en un mundo que ofrece posibilidades inagotables de colaboración.

*El conocimiento por fe, la plenitud de la vida humana y la racionalidad.*

Este descubrimiento de la importancia del *conocimiento por fe* implica una inmensa liberación interior, la apertura de horizontes espléndidos de vida humana en plenitud. Sobre la base de tal modo de conocimiento se alza la posibilidad del encuentro interhumano, que es la base de todo desarrollo cabal del hombre. Si tengo *fe* en ti, en tu *fidelidad* hacia mí, siento *confianza* en que me serás *fiel*, y te hago *confidencias*. Los cinco términos subrayados, de raíz latina común, van unidos en todo proceso instaurador de una vida en comunión personal.

La práctica del encuentro en todas sus formas acrecienta la vida creativa del hombre. La creatividad humana da lugar a procesos de *éxtasis*, de ascenso a lo mejor de uno mismo, de plenificación personal. Realizar un encuentro es crear un ámbito de entreveramiento de dos centros de vida, dos fuentes de posibilidades de juego. El encuentro permite al hombre constituirse como persona, desarrollarse y perfeccionarse. Al tomar conciencia de que ha fundado una auténtica relación de encuentro, el hombre advierte que está en el buen camino hacia su plenitud personal, y siente alegría. Si este desarrollo es notable; por tratarse de una forma de encuentro muy valiosa, la alegría florece en entusiasmo. “Enthousiasmós” significaba para los griegos inmersión en la divinidad, o mejor: ser absorbido por lo divino, lo perfecto: lo bello en sí, lo justo en sí, lo bueno en sí... El entusiasmo, entendido con este relieve, se traduce en una honda felicidad interior, y ésta conduce al hombre a su edificación como persona <sup>10</sup>.

Los frutos del proceso de creatividad o éxtasis son la alegría, el entusiasmo, la felicidad, la paz, el amparo, el júbilo festivo, el alumbramiento de luz. La creatividad funda encuentro, y éste es un campo de juego.

Cuando se hace juego creador, surge una llamarada de luz, que —por una parte— ilumina el sentido de quienes se encuentran y —por otra— engendra belleza. En el juego creador se revela con bella luminosidad el sentido profundo de las realidades que se entreveran. Este tipo de conocimiento presenta un modo peculiar de *racionalidad*. Es racional una actividad cognoscitiva cuando funda estructuras inteligibles que revelan algún aspecto de lo real. El *conocimiento por fe* toma cuerpo en un lenguaje que expresa una forma de encuentro y éste constituye un *campo de iluminación* de las realidades que lo integran. Estas realidades presentan características distintas a las que ofrecen los objetos peculiares de la ciencia. No son delimitables, ni asibles, ni verificables por cualquiera.

Por no presentar el tipo de racionalidad propia del conocimiento científico, se dio por incontrovertible durante siglos que el *conocimiento por fe* no alcanza el rango de racional. En los siglos XVII y XVIII, el término “racional” fue considerado como “talisman”, como centro y base de la vida espiritual del hombre. En consecuencia, el término “irracional” cayó en un irremediable desprestigio hasta el día de hoy, a pesar de los renovados intentos de ciertas corrientes intelectuales por dignificarlo y traerlo

<sup>10</sup> Un amplio análisis de las experiencias de vértigo y éxtasis puede verse en mis obras: *La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis*, Ediciones Claretianas Madrid 1993; *Vértigo y éxtasis. Bases para una vida creativa*, PPC Madrid 1992.

al primer plano de la atención. No resulta fácil medir el influjo pernicioso que la acusación expeditiva de irracionalidad lanzada contra el *conocimiento por fe* ha ejercido sobre innumerables mentes poco avezadas a las sutiles cuestiones de la metodología filosófica.

Este malentendido llevó a no cultivar adecuadamente el *conocimiento por fe* y a ignorar, consiguientemente, la posibilidad de penetrar en realidades muy hondas que fundan modos elevados de unidad y permiten advertir la conexión profunda que existe entre vertientes de la realidad que durante siglos parecieron antagónicas, e irreconciliables: sensibilidad y entendimiento, fe y ciencia, religión y cultura, desarrollo de la técnica y cultivo de la naturaleza. Ser culto no equivale a dominar conocimientos y técnicas. Significa, ante todo, capacidad de fundar modos valiosos de unidad. El animal no puede ni necesita tender puentes hacia las realidades del entorno. Se halla fusionado con ellas porque a cada estímulo que éstas le envían da siempre una respuesta automática, la única justa, la establecida de antemano por la especie para subvenir a las necesidades de su conservación y propagación. El hombre puede dar diversas respuestas a un mismo estímulo. Entre un estímulo y una respuesta debe mediar un acto de opción. Esa mediación implica un distanciamiento entre hombre y realidad. Tal forma de separación puede suponer la *distancia de perspectiva* que es necesaria para hacerse cargo de la realidad, hacer proyectos y realizarlos, dando lugar a la creatividad, o bien puede degenerar en alejamiento y dejar al hombre desinstalado. Sólo en este caso último tiene sentido decir que el hombre se halla “arrojado” en la realidad.

#### *Ampliación de la facultad de conocer*

La recta valoración del *conocimiento por fe* implica una ampliación de la gama de posibilidades cognoscitivas del hombre. Este ensanchamiento del horizonte del saber humano es imprescindible para calibrar el alcance y la solidez de la experiencia religiosa. Tras varios siglos de tendencia reduccionista a limitar el alcance del conocimiento humano, nos hallamos hoy día empeñados en la tarea de poner en juego, de modo realista y riguroso, todas las formas posibles de saber, en la seguridad de que nadie puede fijar de antemano los límites del hombre. Para conocer las realidades más elevadas, debemos fundar con ellas ámbitos de encuentro. Esta fundación supone una actividad creadora. ¿Quién puede saber a dónde alcanza el poder creativo de un hombre? A la vista de los primeros *cuartetos* de Beethoven, ni el crítico más perspicaz podía haber adivinado la posibilidad de que en el breve espacio de una vida humana se daría al mundo la sorpresa que significa el lenguaje de los últimos cuartetos del mismo autor.

Los hombres inspirados en el ideal del dominio tendían, lógicamente, a limitar toda forma de conocimiento riguroso al conocimiento científico, capaz de someter a control ciertas vertientes de lo real. A medida que se cambia el ideal del dominio por el del respeto y la unidad, son cada día más numerosos los pensadores y escritores que no consideran como una meta el restar prestigio a las actividades humanas no sometidas al método científico, como son el arte y la religión. Entrevén que la suerte de la humanidad pende en buena medida de la capacidad de los hombres de abrirse a todas las fuentes de conocimiento, a fin de dar alcance en la mayor medida posible a la realidad y fundar con ella modos fecundos de unión y ensamblamiento.

Un lema saludable preside hoy día la actividad de buen número de personas responsables: *ha de incrementarse cuanto enriquece la vida humana; urge evitar todo*

*procedimiento que la empobrezca.* El mismo movimiento ecologista queda inserto, por lo que toca a su aspecto más constructivo, en esta orientación. El ideal del dominio a ultranza de la naturaleza, al que se deben tantos éxitos espectaculares, se muestra precario, menesteroso de complementación. De ahí que la mirada de muchos hombres atemorizados por la destrucción gradual del hábitat humano se fije cada día con mayor atención en los modos de conocimiento humano que incrementan el poder espiritual del hombre sobre el poder técnico de que dispone. La experiencia nos advierte que la ambición de poder fascina al hombre con frecuencia, y esta fascinación provoca un proceso de *vértigo*, cuya estación término es la destrucción.

Tras siglos de frenesí reduccionista, amparado en la supuesta necesidad de cortar el cuello a toda suerte de triunfalismos faltos de realismo, ese giro hacia la voluntad de aportar riquezas y renunciar al afán de amontonar escombros supone un avance decisivo hacia la madurez. En adelante, todo nos invita a esperar que lo verdaderamente valioso no será tanto demostrar que un conocimiento es incontrovertible cuanto mostrar que el objeto del mismo sobrecoge por su grandeza y sólo puede ser captado al dejarse uno captar por él. El pensamiento actual vuelve de nuevo a afirmarse en la convicción pascaliana de que «el hombre supera infinitamente al hombre».

## VI. LA CLARIFICACION DEL SENTIDO DEL “SILENCIO DE DIOS”

El silencio de Dios es un tema misterioso; presenta una riqueza tal que no puede ser conocido por el hombre de modo exacto y exhaustivo. Ello no indica, sin embargo, que supere la capacidad cognoscitiva del hombre. La valoración del *conocimiento por fe* y el análisis aquilatado de los diversos modos de palabra y silencio nos permiten adivinar que el silencio de Dios presenta un sentido muy elevado. El Creador no quiere intervenir de foma patente y drástica en la vida del hombre para que éste no se vea forzado a reconocer su existencia y asumir las exigencias que la misma plantea. El Todopoderoso no hace sentir su superioridad a los hombres para dejar que éstos decidan libremente aceptarlo o rechazarlo.

El silencio de Dios significa, en el fondo, un homenaje a la libertad humana. Ser libre es una condición privilegiada que debe ganarse día a día de modo muy esforzado. Dios guarda silencio para abrir a los hombres un *espacio de libertad* en el que puedan germinar y florecer la responsabilidad y la creatividad.

Lo vio Pascal con suma penetración: «Este extraño secreto en el cual Dios se ha retirado, impenetrable a la vista de los hombres, constituye una gran lección para nosotros»<sup>11</sup>. «Todas estas contrariedades que parecían alejarme más que nunca de la religión son las que me han conducido con la mayor rapidez a la verdadera»<sup>12</sup>.

En esta misma línea se mueve el ya citado escritor hebreo Elie Wiesel: «Tal vez Dios se revela al hombre en el silencio que sucede a la tormenta. Dios es el silencio»<sup>13</sup>.

El silencio de Dios constituye para el hombre un “misterio”, en el doble sentido de “enigmático” y de “fuente de vida inagotable”. Lo sugiere Victoriano Casas en su estudio *Jesús y los profetas: alternativa de densidad*<sup>14</sup>. «Quien cree es capaz de

<sup>11</sup> Cf. *Cuarta carta a Mlle. de Roannez*.

<sup>12</sup> Cf. *Pensées*, núm. 424.

<sup>13</sup> Cf. *Les portes de la forêt*, Ed. du Seuil, Paris 1964, Apud Testemalle, O. cit. p. 32.

<sup>14</sup> *Misión abierta*, 3 (1988,1989)96.

soportar el silencio de Dios. Y es que Él no se siente obligado ni por la súplica ni por la sollicitación del hombre a revelarse. Quien llama de Dios no siempre recibe de Él la respuesta cuando espera o desea. A veces, la respuesta de Dios es su silencio. 'Pasados diez días, el Señor dirigió la palabra a Jeremías' (Jer. 42,7). De esta experiencia, siempre enigmática y, a veces, dramática, nace en el hombre el sentido y el respeto del misterio de Dios. 'Job reconoció que el sufrimiento es un misterio de Dios'; el salmista (Ps.73) dice que Dios ama a los que están dispuestos a sufrir; el siervo de Jahveh reconoce que en esto está el misterio del sufrimiento: hay un sufrimiento por amor de Dios y de su deseo».